

embargo, Sigismundo pasaba en la universidad de Heidelberg por el de mejor humor del Landsmannschaft, y su reputación no podía ser mas mercedia: Además poseía la facultad de decir y hacer cosas de broma con una gravedad imperforable, y por último, buen amigo, y dotado de mucha sensatez y mucho tacto, era el favorito de Frantz, que mas de una vez había puesto á prueba sus sólidas cualidades.

Su compañero Alberto le era inferior bajo todos conceptos. Alberto era todo un estudiante, camorrista, alborotador y desordenado. En vez de estudiar en la universidad pasaba su tiempo en chasquear á los habitantes de la ciudad ó en explicar el *Cómo*, ese código de los estudiantes modernos, á los estudiantes recién llegados.

Alberto adoptaba al punto las cosas mas ridiculas en punto á su traje. Sus cabellos y su barba tenían una longitud desmesurada; sus flacas piernas se perdían en sus enormes botas de campana. Nadie hablaba mas que él en la taberna de la libertad de la Alemania, ni ninguno entonaba canciones patrióticas con mejor voz de bajo.

A pesar de esas ventajas, Alberto Schwartz temía y respetaba á su amigo Sigismundo, á quien siempre manifestaba una gran deferencia, y aun á veces una obediencia ciega. Bien luego sabremos los motivos que tenía para ello.

Ambos amigos habían ya vuelto repetidas veces sus miradas á la puerta exterior con alguna impaciencia. Alberto Schwartz echando hacia atrás, por medio de un brusco movimiento de cabeza, sus largos cabellos que le cegaban, dijo en fin á su compañero con gravedad burlesca:

— Amigo Sigismundo, voy á comunicarte una idea que me viene ahora.

— Como gustes, respondió Muller.

— Frantz se burla de nosotros, tan cierto como que voy á beberme ahora esta cerveza.

Y al decir esto se echó al cuerpo su vaso de un solo trago. Sigismundo acostumbrado ya á las huecas palabras de su compañero, permaneció impassible como si nada hubiese oído. Alberto continuó en estos términos:

— Digo que se burla de nosotros y voy á decirte los motivos: Porqué nos ha traído á este destierro? Este es mi primer punto. Porqué, despues de esa ceremonia papista de la noche última que ni tú ni yo, en nuestra calidad de buenos protestantes, no hemos comprendido, no nos ha permitido que nos volviásemos á Heidelberg, en vez de emparejarnos en esta fea taberna? Este es mi segundo punto; y como no hallo respuesta ninguna á estos dos argumentos, concluyó que Frantz se burla de nosotros.

Estas palabras fueron pronunciadas con la pedantesca gravedad de un profesor en cátedra, pero Muller continuó fumando sin hacer caso, y el estudiante, alentado con este silencio, continuó sus observaciones, diciendo:

— Si, no comprendo porqué tú y yo que somos la fina flor de la universidad, estamos siempre á merced de los caprichos del caballero Frantz. Tú debes tener tus razones para dejarte dominar así, pero nunca me has dicho quien es ni de donde ha venido, un día se descolgó en Heidelberg sin que nadie le conociera... se puso á seguir los cursos al acaso... Sus diestros no han metido ruido ninguno, como no sea el del otonio último en el que hirió ó mató á dos de sus camaradas. Sin embargo, tú te has aficionado á él hasta el punto de seguirle por todas partes y de sacrificarte por él en todas circunstancias. A mi juicio creo que no se ha mostrado confiado con nosotros en su matrimonio secreto; no nos ha dicho...

— Y qué le hace eso?

— Le hace mucho; que yo no quiero permanecer aquí, á menos que no se me diga...

— Te quedarás sin que te digan nada.

— Pero al fin y al cabo, dijo Schwartz impetuosamente, yo soy un hombre libre y profeso un odio mortal á la Francia.

Sigismundo salió de su apatía, se levantó, puso la pipa sobre la mesa, y tendiendo una rápida mirada en torno suyo, dijo con acento sombrío:

— Has olvidado, compañero, que hay que estar siempre alerta, porque nadie puede saber cuando llegará el día ni la hora?

Al oír estas misteriosas palabras, Alberto se estremeció y se puso pálido; Muller satisfecho de la impresion que en él había producido, volvió á tomar su pipa para caer de nuevo en su asiática gravedad.

— Si, si, comprendo, dijo por fin Schwartz como queriendo sonreirse, es otra prueba mas, no es cierto? Sé que debo obedecer ciegamente á todo el que pronuncie esas palabras sagradas, y añado que ya merecería el llamarme iniciado enteramente en los temibles ritos de la sociedad secreta de los...

— Temerariot interrumpió Sigismundo mirándole con feroces ojos; estas cansado de la vida?

— Nadie puede oírnos aquí: Zelter, el viejo luterano, esta leyendo la Biblia en su cuarto, y su hija Augusta está hablando con la criada en la cocina... Dime una sola cosa, ya que estamos solos; no ocupa Frantz uno de los principales puestos en esa sacrosanta sociedad á la cual pertenecemos tú enclase de adepto y yo como humilde criado sometido aun á largas y difíciles pruebas?

Sigismundo continuó sin decir palabra.

— Respóndeme, hermano, si tu juramento no se opone á ello... Gustoso reconociera á Frantz por superior, si estuviese seguro de que como tú perteneces...

— Pues es tu superior, replicó Muller lacónicamente.

Alberto hizo un ademán de triunfo, como si al cabo hubiese podido arrancar á su compañero un importante secreto.

— Todo lo entiendo ahora! d'ijo; el aire misterioso que tiene Frantz, su obstinacion en ocultar su nombre, el secreto que ha presidido á su casamiento... Es un agente, un dignatario acaso de esa terrible sociedad que debe un día regenerar la Alemania! Oh! Le obedeceré, me prosternaré delante de él, y si es preciso sabré...

— Quieres callarte? dijo Sigismundo con acento sordo: Y un instante despues continuó en tono solemne:

— Acuérdate de lo que pasó cuando me pediste el gran favor de que te se admitiera en esa sociedad cuyo nombre santifica los labios que le pronuncian: te vendé los ojos y te lleve al sitio en donde los aliados celebran sus misterios. Tus ojos estaban cerrados, como símbolo de las tinieblas que reinan aun en tu entendimiento, pero tenías libres la boca y los oídos. Te acuerdas de las palabras que te se dirijieron, cuando despues de haber jurado sobre un puñal que guardases un secreto inviolable, oíste una voz que parecía salir del centro de las entrañas de la tierra?...

— Me acuerdo que la voz decía: *Parus esto, sobrius esto, prudens esto!*

— La pureza, la sobriedad y la prudencia son las tres cosas primeras que se exigen; has llenado bien estas condiciones?

— Creo que sí; la pureza!... esta no la cuento porque es cosa fácil cuando no hay... la sobriedad! no creo faltar á ella, bebiendo un jarro de cerveza como todo buen estudian-

te de la universidad... En cuanto á la prudencia, no sé como podría saltar á ella.

— Hablando siempre de la santa sociedad, á pique de revelar á los profanos sus temibles secretos.

— Y qué secretos podría yo revelar? Nada he visto, y nada sé tampoco. Me llevaste por la noche fuera de la ciudad, al campo; me hicieron algunas preguntas bastante... frivo-

las, y por último me despidieron diciéndome que me hallaba admitido á principiar mis pruebas, y que debería obedecer á todo el que pronunciase ciertas palabras que tu sabes.... Desde entónces ando como un esclavo tuyo, y te sigo por todas partes obediente...

(Se continuará.)

EL RAYO DE SOL.



Un viento frío, áspero y penetrante soplaba en la miserable habitación del viejo zapatero David Coumbe. El pobre hombre interrumpía de cuando en cuando su trabajo para restregarse un poco las manos ó para arrimarse á las frías cenizas de su chimenea.

Hacia un tiempo horrible tanto dentro como fuera. Los transeúntes caminaban de prisa bajando la cabeza para guarecer un poco del helado viento sus amarrotadas narices. Los hombres llevaban las manos metidas en los bolsillos, sacándolos solo á las esquinas de las calles cuando una ráfaga de viento amenazaba sus sombreros. Las mujeres tirando de frío, habrían necesitado tener mas de dos manos para sostener á la vez sus sombreros, vestidos y pañuelos.

Por las aceras de la calle corrían de un lado á otro los mendigos descalzos murmurando á los oídos de los transeúntes:

— Una limosna por el amor de Dios! Tengo frío y hambre!

Su voz parecía mas lastimera todavía, porque se mezclaba con los silbidos del viento. En un rincón que formaba el muro de una casa se veía un monton de harapos, con un pedazo de cartón encima en que decía: « *Me muero de hambre.* » Pero aquel día no se hallaban dispuestos á la piedad los corazones. Hacia demasiado frío para detenerse, para sacar las manos de un grueso manguito ó de los bolsillos, y alargar al pobre una moneda. Por eso mas de uno de esos

infelices « que se mueren de hambre, » cansados de esperar en vano, tomaban el partido de volverse á su casa.

El viejo David Goumbe no tenía nada que comer en su vivienda, si puede llamarse así el oscuro agujero en donde pasaba sus días. Sin embargo, nunca había puesto á la puerta ningun letrero para informar al público que se moría de hambre.

— Y en verdad, pensaba para sí, no puedo decir que me muero de hambre mientras tengo un poco de pan y queso, y de cuando en cuando algunas cortezas de tocino; pero no es ménos triste el trabajar continuamente para lograr esto. Qué horrible es este agujero!... Ah! esto no es vivir!... esto es morir á fuego lento!... ay! ay!...

El pobre David concluía siempre sus lamentaciones con un ay! ay! Para él estas dos sílabas eran la suprema expresión del desaliento, y las soltaba lastimosamente como un quejido de las profundidades de su duro pecho.

David parecía destinado á pasar miserablemente toda su vida. En vano le habrían querido persuadir de que debía intentar mejorar su condición á beneficio de sus propios esfuerzos; siempre decía que solo los ricos podían sacarle adelante en sus penas. A veces hablaba con un especie de vaga esperanza, de que algún día encontraría quizá un hombre opulento, que le sacaría de aquella miseria asegurándole una posición independiente. Mientras tanto remendaba concienzudamente los zapatos de sus vecinos, manteniéndose con el escaso salario cotidiano, y sin poder lograr jamás el hacer ninguna economía. Era un hombre exacto, honrado, y sincero, pero se quejaba continuamente de su destino con todos aquellos á quienes veía, y lo hacía con tanta amargura que llegaba á cansar al fin la paciencia de todas las gentes, tanto que ya todos renunciaban á consolarle y le abandonaban á su miseria.

En la tarde del día de que hablamos, David después de haber terminado su trabajo hizo sus preparativos para pasar la noche fumando y haciendo castillos en el aire, como lo tenía de costumbre hacía tiempo. Al efecto encendió su pipa, estendió sus piernas, apoyó su cabeza en el respaldo de su carcomido sillón de madera, y se puso á arrojar bocanadas de humo á intervalos iguales sacando de vez en cuando su pipa de los labios para murmurar su eterno ay! ay! que era como una especie de respuesta á sus pensamientos melancólicos.

—Entoda mi vida he visto este cuarto tan triste como hoy! Es verdad que nada es tan triste como la oscuridad: nunca entra aquí un rayo de sol, ni en invierno ni en verano.

Al decir esto, David echó una mirada en torno suyo, y fijó sus ojos en una espesa capa de polvo y porquería.

— Ahí tengo una ventana, dijo, y aunque el tiempo casi siempre está oscuro, cuando voy á entregar la obra en casa de los parroquianos, veo que el sol entra siempre en ellas; pero en la mía... ay! ay!...

Estaba para anochecer.

— Vamos, dijo, ya fumé mi pipa, voy á tomar ahora una gota de té. Mucho me gusta el té.

Encendió su vela de sebo, tomó un poco de té en un peducho amarillento, y puso á calentar agua en un cacillo de hoja de lata; hizo el té, y sin leche ni azúcar, lo echó en un vaso de estaño, y se puso á tomar esa pobre bebida á traguitos, después de lo cual volvió á encender su pipa.

El día iba cayendo rápidamente. David miró otra vez en torno suyo y continuó suspirando ay! ay! en tono lamentable.

De repente una brillante luz penetró en su cuarto, esparciendo tanto resplandor en derredor del pobre zapatero, que no pudo ménos de estrearse. En medio de la claridad se

apareció una pequeña criatura que tenía la forma de una mujer dotada de espléndida belleza: sus cabellos flotaban como llamas de oro, y su rostro era tan luminoso que David, encantado y atónito al mismo tiempo, no pudo soportar su vista, y medió se cubrió los ojos con la mano.

Entonces el espíritu, con una voz que parecía una suave y lejana melodía, le dijo:

— Porqué te asustas? No vengo á hacerte daño ninguno. No decías, hace un instante, que deseabas un rayo de sol en tu morada sombría? Pues yo te he oído, y como á pesar de tus continuos lamentos eres un buen hombre, vengo para que sepas que si quieres, puedes disfrutar de mis beneficios para siempre. Tengo muchas hermanas, y todas somos vivas y alegres; nadie hay en este vasto mundo que no nos ame, y nos reciba bien como es debido: los insectos revolotean cantando en torno nuestro; las flores son mas bellas cuando nos reflejan nosotras en sus corolas; el agua se agita y chispea suavemente con nuestra sonrisa, los animales nos buscan, y duermen mejor cuando los protejemos; nosotras sabemos trazar brillantes senderos á través del follaje, y rompemos la sombra de los bosques para llegar hasta la yerba en donde se oculta la perfumada violeta. Preferimos los campos, pero también nos complacemos en alumbrar las estrechas calles de las ciudades dándoles un aspecto mas alegre. Penetramos en las cárceles á pesar de las rejas y las puertas de hierro, y si un pobre ser se arrepiente de su crimen entramos á consolarle é infundirle aliento. Visitamos al ahijido y al enfermo, y salimos al encuentro de todos aquellos que, alzando sus miradas de esta tierra donde hay tantas penas, nos buscan donde nosotras estamos, en el dulce esplendor de nuestro cielo. A veces nos yela una ligera neblina, pero es por poco tiempo, y cuando pasa, volvemos á aparecer con nuevo lustre. Es cierto que hay en la tierra muchas gentes que no saben llamarnos, ni buscarnos, y tú entras en este número David Coumbe. No decías que nunca veníamos á tu morada, ni en invierno ni en verano? Deseas sinceramente nuestra presencia, David Coumbe? créme: antes de entrar echamos una mirada por las ventanas, y elegimos los cuartos limpios y bien arreglados; nos gustan las gentes sencillas, los corazones agradecidos que aman al Supremo Hacedor que los ha creado lo mismo que á nosotras. David, siempre hay un rayo de sol en esos corazones, y para ellos, ninguna morada, por pobre que sea está nunca enteramente oscura y sin alegría. Deseas para en adelante la compañía de una de nosotras para que recoja tu corazón y tu mirada? Pues voy á decirte cual es el lazo que debes tendernos. Ante todo, es necesario que ese lazo sea limpio y brillante, y además debe tener el cebo de la alegría, de la perseverancia, de la industria, de la caridad, de la fe, de la esperanza y de la satisfacción de ánimo. Sigue mi consejo, David Coumbe, y no tendrás que quejarte de que ningún rayo de sol venga á dorar tu morada, y á regocijarte en tus últimos días; hasta entonces, adios, querido mío.

A esto sucedió un gran silencio. David no distinguió ya nada mas que una débil línea luminosa que poco á poco fué subiendo por la ventana, hasta que se apagó y le dejó solo sumergido en la oscuridad mas profunda.

— Ha sido un sueño, estoy seguro; he tomado por una voz un sonido lejano de algun organillo. Qué sueño tan extraño! Echar al sol un lazo! Y la voz decía que era preciso mucha energía! Quién piensa en eso ahora, después que tenemos vapor para todo! Y además, yo, que puedo hacer? Perseverancia! acaso no tengo tanta como el primero? Hace

EL HUKKA, EL NARGUILEH Y EL KALIUM.

La pipa persa se compone generalmente: de un receptáculo que se llena de agua hasta la mitad: — de un tubo perpendicular que se introduce en el agua; — de un hornillo ordinariamente de metal, sobre el tubo perpendicular; — de una tapa calada que sirve en cierto modo para que corra el aire, y por último de un segundo tubo, por medio del cual se pone en comunicacion el fumador con el tabaco, al tiempo de aspirarlo.

Cuando el receptáculo del agua tiene la forma de una campana, la pipa se llama *hokka*, ó *hukka*, palabra árabe que quiere decir caja. Esta es la forma particular de la India. El *hukka*, cuyo dibujo damos, fué comprado en Constantinopla por M. Remi, orientalista distinguido. El receptáculo del agua es de muchísima elegancia, la campana interior es de plata sobredorada, de donde cae un tejido de plata formado de delicados arabescos: el fondo y los puntos principales son esmaltados de un bello carmesí. La tapa de la pipa y los tubos son de plata con relieves; el tubo flexible, llamado *nargiteh* (serpiente plegada) es de seda de color de cereza y oro, terminándose en una boquilla de ámbar. Esta pipa es una verdadera alhaja por su riqueza de adornos y su esmerado trabajo, que evidentemente procede de la India.

Cuando el receptáculo que recibe el agua tiene una forma ovoide y se termina en punta, y cuando el tubo particular se halla adaptado al cuerpo del receptáculo, la pipa se llama *narguileh*, de la palabra *narguil* ó *nargil*, que significa nuez india. En Constantinopla, el receptáculo, es una botella de cristal; en Bagdad se usa comunmente la nuez india, ó coco. El *narguileh* de los ricos tiene un receptáculo ovoide de plata, y como su forma puntiaguda impide que se ponga sobre una superficie plana, se usa para esto un tripode, artísticamente trabajado y tambien de plata. Un simple banquillo con un agujero llena en Bagdad el mismo oficio.

El *narguileh* que se vé en nuestra lámina es de plata con labores en relieve y adornos de esquisito gusto y mucha riqueza; la pipa y el receptáculo del agua se hallan rodeados de medallones esmaltados, representando bustos de hombres y mujeres; las demás partes se hallan cubiertas de ornatos al gusto persa y de figuritas doradas; el fondo es un hermoso esmalte azul y rosa, sobre el cual se ven guirnaldas y ramilletes de flores de colores brillantes; los tubos son de ébano con adornos grabados. La tapa cuelga de unas cadenas de plata, y un pequeño tripode de un perfil elegante acompaña á este *narguileh*. Esta preciosa alhaja forma parte de la curiosa colección de la señora Hommaire de Hell, viuda del sabio viajero que perdió la Francia hace dos años.

La tercera pipa es el *Kaliium*, porque así se pronuncia vulgarmente la palabra árabe *halidán* que significa *hervidero*, nombre que se le da á esta pipa á causa del ruidito que produce el agua aspirada por el tubo. El *kaliium* se usa solo en la Persia; el receptáculo del agua tiene la forma de una botella cónica, y el tubo por el cual sale el humo, se adapta, no al receptáculo del agua, sino al mismo cuerpo del tubo perpendicular; el mecanismo y la manera de usar esta pipa no difieren en nada de lo que se ha dicho sobre las anteriores; el tubo puede ser de madera, ó de piel como el del *hukka*. El interior de todas ellas se halla lleno de medallones esmaltados mas ó ménos ricos. Los persas gastan mucho

cuarenta años lo ménos que paso los días en remendar botas y zapatos; si esto no es perseverancia é industria que vendrá Dios á verlo. En cuanto á la caridad, esta sí que apenas la conozco. Spongno lo que es dar dinero, pero jamás he tenido nada que dar, oh! nunca! En cuanto á la fe, creo acordarme que mi madre me hablaba de ella á menudo, mandándome que leyera en una gruesa Biblia con muchas estampas; pero hace mucho tiempo, madre mía, pobre madre mía, que he olvidado ya cuanto me enseñaste. Sin embargo tenía una Biblia: dónde está? Voy á ver lo que dice de la fe. Pero lo verá mañana. En cuanto á la esperanza, lo cierto es que siempre la he tenido, y que esta no me la producido nada. La satisfacción de mi mismo no sé por qué debo tenerla: acaso puedo estar contento viviendo en este miserable cuarto tan frío y oscuro?... ay! ay!

Y el pobre David, turbado y agitado, se echó sobre su jergón. Trató de dormir; pero la extraña vision que había tenido se le presentaba siempre al pensamiento; la vocecita melodiosa continuaba resonando en sus oídos, y el rayo de sol brillaba en medio de la noche ante sus ojos.

Entre los consejos que le dió el espíritu, había uno que á David le pareció sensato y fácil de seguir. Podía en efecto ordenar un poco mejor su cuarto, limpiándole y arreglándole para que fuese mas digno de recibir la visita del sol. Así pues, al otro día por la mañana muy temprano, David resolvió subir la escalera para ir á ver al primer piso á la mujer que le alquilaba el cuarto; y preguntarle si quería ayudarle su hija á sobrelevar este nuevo trabajo. Aunque era inepto de la tía Dionisia hacia ya muchos años, nunca había tenido otras relaciones con ella que las que podía haber establecido la costumbre de entregarle el dinero de su alquiler el día de su vencimiento; y la tía Dionisia por su parte, conociendo el humor misántropico del pobre zapatero, y siéndola imposible el ayudarle, no había intentado nunca el trabar con él conocimiento.

De este modo David tuvo que vencer alguna repugnancia antes de atreverse á dar aquel paso; mas de una vez titubeó al subir la escalera; pero al cabo llegó á la puerta de la tía Dionisia, y llamó tímidamente á ella. La buena mujer, dotada de una fisonomía franca, abrió al punto la puerta, y dió un paso hácia atrás de sorpresa.

— Cómo, sois vos, tío Coumbe! Quién podía imaginarse el veros? Qué hay de nuevo? Entrad y sentados.

Y diciendo esto le señalaba al zapatero una silla que estaba á la lumbrera. Una cacerola de metal chisporroteaba junto á la llama, y la mesa estaba puesta, porque era la hora del almuerzo. La ventana estaba adornada de bonitos tiestos de flores; todo el cuartito respiraba un aire de limpieza, de alegría y de bienestar. Un hermoso niño rebosando salud estaba sentado en el suelo divirtiéndose con sus juguetes... y un rayo de sol doraba su cabeza...

— Está bien, pensó David; quién se imaginaria que ese niño sabe ya tender sus lazos? Y sin embargo, ha podido conseguir un rayo... Pero eso fué un sueño ridículo; no hablamos nunca de él; me tomarian por loco.

— Y á qué debemos el placer de veros, tío Coumbe? dijo la tía Dionisia.

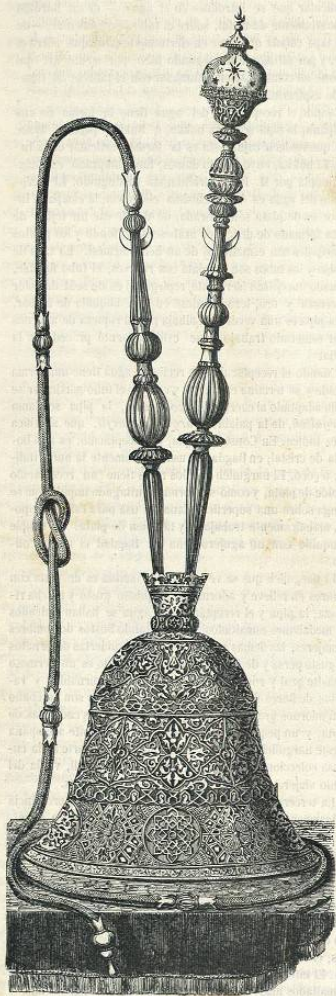
— Desearía saber si vuestra hija mayor querría encargarse de limpiar un poco mi cuarto.

(Se continuará.)

dinero en sus pipas, habiendo algunas que cuestan hasta 42,000 frs. por las tapas ribeteadas de perlas y sus ricos esmaltes.

El tabaco que se fuma en la pipa persa se llama tumbeki:

antes de fumarle se le moja con agua, lo que exige para encenderle una fuerza de pulmones, propia de un crjado, el cual despues de haberlo encendido, presenta la pipa á su amo y señor.



Hukka.

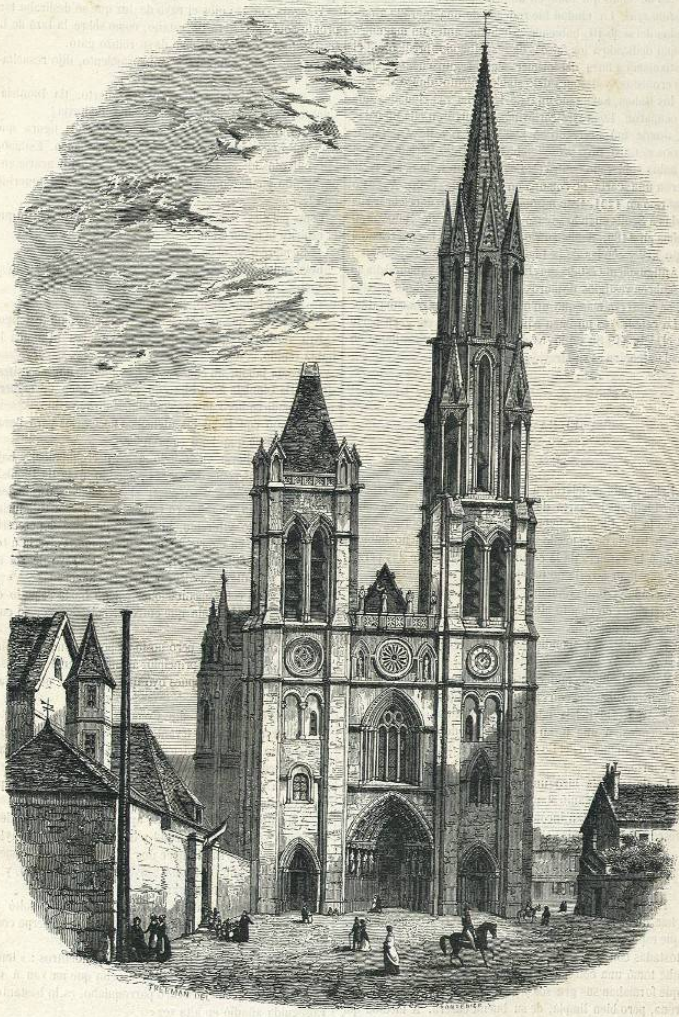


MONTALAN.

Narguileh.

SEN LIS.

(DEPARTAMENTO DEL ORSE.)



Visia de la catedral de Senlis.

Después de la pacificación de las Galias en tiempo de Augusto, se trazó una magnífica vía entre el Mediodía y el Norte, y en uno de los puntos de este camino se fundó la ciudad de Senlis que tomó en un principio el nombre de *Augustomagus*. La ciudad fue rodeada de una muralla a mediados del siglo III, habiéndose hallado antes un magnífico templo dedicado a los falsos dioses. Régulo predicó allí el cristianismo a fines del primer siglo, según cuentan algunos cronistas, y después del establecimiento de los francos en las Galias, Senlis fué una de las primeras ciudades que se ocuparon. Los reyes carolingios tenían en ella un palacio donde fué encerrado en 853 Pepín rey de Aquitania; Carlos el Calvo tuvo preso también a su hijo Carlomagno que se había sublevado contra él. Los habitantes de Senlis recibieron una carta de comuna en 1173 que Felipe Augusto confirmó en 1201. Este mismo príncipe vino a celebrar sus bodas a Senlis cuando se casó con Elisabeth de Hainaut en Reims en 1180. Senlis sufrió bastante con las guerras del siglo XIV y con las de la Liga.

Antiguamente estaba muy bien fortificada, y aun en ella se descubren vestigios de muros romanos. Del antiguo palacio no se conserva mas que un montón de ruinas considerable.

La catedral es un buen edificio construido en gran parte en el siglo XII. Su estilo es gótico, y lo que mas llama en ella la atención es su atrevido campanario.

EL RAYO DE SOL.

(Véase la pág. 37.)

Estas palabras dejaron a la tia Dionisia atónita de asombro. Limpiar el cuarto de Coumbe! Qué milagro! Muchas veces la tia Dionisia habia pensado en ello, porque aquel cuarto habria deshonrado su casita, si felizmente no hubiese dado a la escalera de la cocina, de manera que las personas que iban a verla no pasaban jamas por aquel sitio.

— Ya lo creo, tio Coumbe, ya lo creo, mi hija está a vuestro servicio; en cuanto almuerce bajará, pero quedaos a almorzar con nosotros.

— ¡Mil gracias, respondió balbuceando el zapatero, mil gracias....

Y como la buena mujer insistió mucho, se atrevió por fin a decir que tomara con gusto un bocadito.

— Aquí está Betsi; mira, Betsi, continuó la tia Dionisia dirigiéndose a una jóven que acababa de entrar, despacha pronto el almuerzo; el tio Coumbe desea que limpies un poco su cuarto.

La tia Dionisia hizo una señal a su hija, que estaba ya para responder manifestando su sorpresa; en efecto, la vista del zapatero era tan incomprensible para la jóven, como el deseo que allí le traía; sin embargo se contuvo y dijo:

— Como gustéis, madre mía. Vendrá padre a almorzar con nosotros?

— No, vamos, vamos pronto.

Bien luego se dispuso el té: el niño rubio fué colocado encima de una silla, y le dieron una cucharita de estaño para que esperara en paz el almuerzo. La tia Dionisia hizo unas tostadas con pan y manteca, y se las presentó a Coumbe, que tomó una con mucha timidez, pensando en el contraste que formaban sus gruesos y negros dedos, con la mano morena, pero bien limpia, de su buena casera. A medida que iban almorzando, David se iba sintiendo mas a su gusto, a

pesar de la novedad de aquel bienestar que probaba por primera vez, después de mucho tiempo.

— Qué bonito es este cuarto! pensaba para sí: diríase que la luz se complace en jugarle en él.

Y seguía con los ojos el rayo de luz que se deslizaba tan pronto sobre la lettera de estaño, como sobre la taza de la tia Dionisia, ó sobre el lomo de su rozillo gato.

Por fin, David cediendo a su pensamiento, dijo resueltamente:

— Mucho brilla el sol en vuestro cuarto, tia Dionisia. Cuánto lo echaréis de menos en los días de lluvia!

— No lo creáis, tio Coumbe, siempre se nos figura que hace sol aquí, y apenas nos acordamos del tiempo. Estamos tan contentos unos y otros! Este mi sol; (añadió acariciando al niño y cubriéndole de besos) no es verdad, querido mío?

Estas palabras llamaron la atención de David; recordó que el espíritu le habia dicho:

— Siempre hay sol en esos corazones.

Betsi quitó la mesa, se puso un gran delantal y dijo a Coumbe:

— Teneis jabon abajo, tio Coumbe?

— Puede ser que no, dijo el pobre hombre; no lo tengo. Era verdad lo que decia, pues ni entónces ni nunca lo habia tenido.

— Toma jabon, un cubo, escobas y todo lo que necesites, dijo la tia Dionisia a su hija con acento franco de manera que no pudiese herir la susceptibilidad de su vecino.

Betsi bajó con todos los utensilios necesarios para llevar a cabo la tarea que iba a emprender.

David iba a llevar su trabajo a los parroquianos, y bajó tambien, pero después de haber prometido a la tia Dionisia que vendría a comer a su casa, si su cuarto no estuviese listo a su vuelta. El zapatero empezó a atravesar callejuelas a su paso lento y torcido, preguntándose que le parecería cuando hallase su cuarto limpio y arreglado. Volvería a tener otra vez el mismo sueño? Cumpliría el rayo de sol su promesa, y se dignaría alegrar un poco su morada?

Entregado a estas meditaciones, llegó hasta el patio de una casa en donde tenia que entregar calzado, por lo cual le darian algun dinero.

Llamó a una puerta, pero no le respondieron; llamó otra vez y nada: entónces principió a incomodarse y a toser fuertemente, y poco después oyó una voz lenta que decia:

— Quién está ahí?

— Soy yo, tio Milfin, dijo Coumbe.

— Entrad: no puedo levantarme.

El cuarto estaba desordenado y sucio; la lumbré de carbon de piedra, estaba medio apigada.

— Está bien, tio Coumbe, son mis hotas. Ay! Creo que no las gustaré nunca, estoy muy malo.

— Mucho lo siento, mucho... ay! ay!... Cada cual tiene sus males; unos la enfermedad y otros la miseria: ay! ay!...

— Mi mujer ha salido hace dos horas para ver si puede traer algo para que comamos; ayer no hemos comido, y no sé como haremos para pagaros.

Al acabar de decir estas palabras, el enfermo soltó un suspiro que quería decir que tanto padecía de cuerpo como de espíritu.

David echaba estas cuentas en sus adentros: «tengo diez cuartos en mi casa, y diez y ocho que me van a dar por el trabajo que llevo a otro parroquiano, es lo bastante.» Enseguida añadió en alta voz:

— No os de cuidado si no podeis pagarme. No penseis

mas que en ponerlos bueno, y cuando podais andar, aguje-read de nuevo las hotas para que las componga otra vez el viejo Coumbe.

El enfermo abrió sus grandes ojos turbios, miró con sorpresa la negra cara de David que se inclinaba hacia él, y tendiéndole su desfallida mano le dijo con voz trémula:

— Dios os bendiga! Eso se llama ser caritativo! Haced el favor de correr un poco esa cortina; hay mucha luz aquí.

En efecto los rayos del sol acababan de entrar en el cuarto, y uno de ellos le dió en la cabeza al pobre zapatero.

Algunos momentos después David continuaba su caminata pero sus ideas habian cambiado; su corazón rebosaba de una sensación agradable que le trasladaba a los tiempos de la juventud, en medio de campos alumbrados por el sol, y entre los juegos en que siempre ganaba. Andaba con mas seguridad y rapidez. Las palabras: «Eso se llama ser caritativo» resonaban suavemente en su corazón.

De repente un grito terrible vino a sacarle de sus meditaciones: en el mismo instante vino venir a él como un relámpago un caballo desbocado, montado por una jóven que desmenada y sin aliento habia abandonado las bridas del animal.

— Cómo! Con que nadie detiene a ese caballo?... Pues bien, lo detendré yo.

Y dicho esto estendió los brazos y sujetó al caballo; la cabeza de la jóven desmayada quedó descansando sobre sus hombros. Entónces se presentaron una multitud de transeúntes y de vecinos; unos aconsejaban una cosa y otros otra, hasta que se acercó allí un caballero pálido como la muerte, preguntando si la jóven estaba herida.

— No, no, gritaron veinte voces a un tiempo, está desmayada únicamente. Aquel hombre que va allí ha salvado, aquel es, aquel.

Pero David habia abandonado a la jóven a otras manos, y se abria paso a través de la muchedumbre. El caballero transportó a la jóven a una botica próxima, de modo que David desapareció sin que hubiese tenido tiempo para verle.

La muchedumbre murmuraba:

— Mirad lo que es un hombre rico; ni siquiera piensa en dar una limosna al pobre que ha espuesto su vida por salvar a la jóven!

Dos agentes de policía llegaron en aquel momento y dispersaron a los descontentos.

— Quisiera saber, dijo David, cuando se halló ya lejos de aquella escena, si esto se llama energía.

David recibió del otro parroquiano diez y ocho cuartos y mas trabajo, con lo cual volvió a tomar el camino de su casa. Un viento frío le soplaban en la cara, y le traía la arena de la calle hasta los ojos, pero el pobre hombre no hacia caso, al contrario le parecia que hacia menos frío que de costumbre, se sentia muy animado, y un suave calor circulaba en su pecho. Pensó que el espíritu habia dicho la verdad, y que en efecto, los rayos del sol penetran a veces hasta el corazón de los hombres.

Y en otro caso, cómo podía experimentar interiormente un bienestar semejante, sin haber hecho nada para lograrlo?

Cuando llegó a su calle, vió a la tia Dionisia al umbral de la puerta, conversando con un vecino. En cuanto se acercó le dijo:

— Venid, tio Coumbe; vuestro cuarto está dispuesto, pero esa no es una razon para que dejéis de venir a comer con nosotros.

David aceptó el convite con alguna timidez, y esta comedia fué la mas agradable que en su vida habia tenido. Antes de que bajara a su casa ya le convidaron para el día de Nochebuena.

— Ah! David, motivos tienes para permanecer inmóvil y atónito a la entrada de tu cuartito! Qué cambio tan grande, Dios mío! Qué hermoso está ese suelo tan bien lavado, y cubierto de arenita blanca, la lumbré tan bien puesta en la chimenea, el pucherito lleno de agua para el té, todas las cosas arregladas, los vidrios de la ventana tan transparentes que se ve por ellos la luz del sol que ilumina los balcones de las casas de enfrente, el vaso de estaño sobre el basar junto a la pipa, con los platos limpios, y la mesita redonda de la madre tan bonita, con la Biblia, la vieja Biblia, tan largo tiempo olvidada!

David después de haber pasado algunos momentos, disfrutando el placer de su sorpresa, soltó su «ay! ay!» favorito, no con su acento de tristeza ordinaria, sino con el tono de asombro de un niño que se detiene a ver una confitería. Se fué a asomarse por la ventana, se puso a contemplar su lumbré, y se sentó en su silla cubriéndose el rostro con las manos como si creyera ser el objeto de una ilusión. Pero no, no era ilusión aquello, era la mas palpable realidad.

Después de un nuevo ay! ay! abrió la Biblia: una viva luz cayó sobre las páginas y se detuvo en estas palabras: «No nos cansemos de hacer bien, y cuando llegue el día de la cosecha recogeremos los frutos de nuestras buenas acciones.»

En el mismo instante la suave y melodiosa voz que David habia ya oído otra vez murmuró:

— Tu cuartito nos gusta, David, y vendremos a él muy a menudo.

Cuando se hubo calmado un poco su emoción, David pensó que debía ir inmediatamente a dar las gracias a la tia Dionisia por lo que Betsi habia hecho. Hasta se le ocurrió la idea de ofrecer a la buena muchacha alguna remuneración por su trabajo, pero la tia Dionisia le hizo callar a la primera insinuación que hizo sobre este punto. David, para mostrar su gratitud, solicitó el favor de un apretón de manos, pidiendo mil perdones por tener una piel tan negra y dura. La tia Dionisia se apresuró a tomarle la mano con franqueza, insinuando sin embargo con una amable sonrisa que con un poco de agua y jabon todo desaparecería. La leccion fué recibida como habia sido dada, es decir sin amargura.

Aquella noche el pobre zapatero durmió como un príncipe. En sueños ya se deslizaba ante sus ojos, celestiales figuras, oyendo al mismo tiempo, en medio de una música encantadora, el sonido de suaves voces que murmuraban estas palabras: «Dios os bendiga: eso se llama ser caritativo.»

Despertóse muy temprano y se levantó para mirar a la calle. Una espesa alfombra de nieve cubria el suelo y los tejados, y largas nubes blancuecinas rodaban lentamente por el cielo, dejando de trecho en trecho algunos claros: David pensó que mas tarde, se pondría bueno el día.

Almorzó con mas gusto que los otros días, y enseguida se puso a trabajar. No hacia mucho rato que manejaba sus instrumentos de zapatero, cuando, con gran sorpresa, notó que salían de sus labios inusitados sonidos... David Coumbe estaba cantando!

El día continuaba sombrío y sin embargo David hallaba su cuarto claro y alegre, y en tanto que repetía las canciones de su infancia, risueños pensamientos y recuerdos daban vueltas en derredor suyo como una ronda de espíritus benéficos.

De este modo trabajó algunas horas hasta que entró Betsi á arreglar la casa. David para dejarla libre se salió un instante á la calle.

Apénas había andado cien pasos cuando vió sentado en una acera á un niño de dos ó tres años que estaba llorando amargamente. Un tahonero que se había parado delante de él con su espuerta á la espalda, preguntó á David:

— Conocéis á ese niño? Me parece que tiene hambre y que está abandonado.

— No, no le conozco, pobrecillo! respondió David; qué vais á hacer con él?

— Nada, dijo el tahonero, no hay mas que llevarlo á la policía.

— No, no, repuso David, las gentes de la policía tienen la mano dura para estos pequeñitos; tengo gana de llevarle á mi casa, al ménos estará allí al abrigo del frío y de la nieve, y si no viene nadie á reclamarle, ya nos arreglaremos. Quieren venir conmigo, niño?

Y David tendió la mano al niño que la tomó, y mirán dolo con sus grandes ojos bañados de lágrimas exclamó:

— Mamá!

— Qué criatura tan bonita!

Diciendo esto David le tomó en brazos, y apresuró el paso para llegar á su casa, hablando con el niño lo mas suavemente que podia para consolarle, y prometiéndole que iba á buscarle su mamá y que entre tanto comería.

En dos días se había operado un cambio en la vida de David. Nunca había estado mas activo, ni jamás se había interesado en tantas cosas. Cortó un gran pedazo de pan y se le dio al niño sentándole junto á la lumbre, y despues quitándole sus zapatitos y sus medias, le calentó sus menudos pies.

La nieve había cesado, habían desaparecido las nubes, y un pálido sol de invierno que entraba en el cuarto cubría con sus rayos al niño y á su protector.

Sin embargo, la pobre criatura despues de haber apaciguado el hambre, continuó gritando:

— Mamá!

Y el pobre zapatero por su parte repetía su antiguo ay! ay! sin saber qué hacer para distraer al niño que lloraba.

El sol vino en su ayuda: tomó el vaso de estaño y empezó á darle vueltas á los rayos del sol delante del niño, de un modo tan extraño, que la criatura se echó á reír señalando el vaso con su dedo.

Era aquella una graciosa escena: el viejo zapatero entusiasmado con su invencion, hizo nuevos esfuerzos, tanto que la alegría del niño acabó por alegrarle á él tambien, y se echó á reír con la misma entereza que la criatura. Había algo de particular en el acuerdo de aquellas dos risas tan diferentes, la una fresca y argentina, y la otra estrepitosa y hueca y tambien algo ronca como una risa que viene de lejos y de la cual no se ha hecho uso despues de mucho tiempo.

En aquel mismo instante oyó David su voccecita conocida que le decía:

— Buen David, ya estás viendo que te visitamos ahora.

El niño había olvidado su pena, y estaba como en su casa: mientras David volvía á su trabajo, él se levantó y se puso y dar vueltas por el cuarto, seguido siempre del rayo de sol que doraba sus hermosos cabellos y hacia brillar sus lágrimas que se secaban en sus lindas y frescas mejillas.

A la hora de comer, David se sentó á la mesa junto á él, y le dió los mejores bocados, viéndolo con el mayor placer que comía con buen apetito.

Por la tarde el niño se durmió. David le tomó en sus brazos, le meció cantando, y le acostó blandamente en su cama. Enseguida encendió luz, y mientras trabajaba, miraba al niño con sumo gozo.

Un ruido que oyó en la calle le llamó la atención.

Era muy raro que el silencio de aquella calle fuese interrumpido á aquella hora. Muchas voces hablaban á un tiempo formando una gran confusion; poco despues llamaron á la puerta. David creyó que estaba ardiendo la casa; se levantó con precipitación y lo primero que hizo fué acercarse al niño, á fin de hallarse pronto á tomarle en sus brazos para salvarle si era necesario.

La tia Dionisia había bajado al corredor, y venía diciendo:

— Abrid la puerta tío Coumbe, nos hallamos en la oscuridad, y os está buscando una persona.

— Pues á estas horas nadie puede venir á traerme á remendar zapatos; algo nuevo ocurre.

Y al mismo tiempo abrió la puerta y oyó á la tia Dionisia que decía:

— Por aquí, señora. Este es el cuarto de Coumbe. Pero creo que os han engañado porque él no me ha hablado de nada.

Una mujer se lanzó de pronto en el cuarto y dijo con voz agitada:

(Se concluirá.)

EL PINTOR DE MARINAS.

Ese entusiasta pintor ha plantado su caballete en la playa, y absorto enteramente en su trabajo ha olvidado la hora en que comienza la marea alta. Sin embargo las aguas van subiendo rápidamente: ya va vogando el sombrero del artista con su cargamento de diseños; las olas están tocando al anteojo de larga vista que sirvió para examinar el horizonte; tambien principian á mojar los pies del caballete, van sumerjiendo la caja de colores, y llegan hasta el mismo pintor, sin que este haya notado ni sentido nada. Con los ojos encendidos y fijos en el lienzo, no ve mas que su obra, no piensa mas que en el pincel, que empuña como una espada... Por fortuna ha llegado á verle un pescador desde la orilla y asustado con el peligro se en que se encuentra, se adelantó á llamarle con el botador al hombro; pero en vano le grita, tendrá que llegar hasta donde está, tendrá que despartarle de su éstasis, y arrastrarle á la fuerza, lejos de ese peligroso estudio.

Esta sátira grabada ha evitado la grotesca exageracion propia de ciertos dibujantes contemporáneos cuyos nombres son célebres en la caricatura. La espression del entusiasta pintor es graciosa, sin ser extravagante; su actitud es cómica, sin contorsiones, en una palabra, la caricatura no traspasa los limites de la verdad y del buen gusto.

En todas épocas ha habido burlas de la exaltacion del artista, que pierde la posesion de si mismo, y se entrega completamente á su sueño, olvidando del todo la realidad. Debemos considerar esto como una impotencia del vulgo para comprender el ardor poético, ó como la espression de un sentimiento de celos de la mediania contra el genio? Por nuestra parte no abundamos en estas ideas. El entusiasmo que se manifiesta por el olvido absoluto del mundo real, rara vez va unido con un verdadero ingenio de invencion. El hombre que se abandona á su emocion hasta el punto de no encontrarse ya dueño de si mismo, no llena las primeras condiciones de que debe estar dotado un buen artista. El genio verdaderamente completo, en vez de entregarse al entusiasmo, le domina y sabe sacar partido de él: aban-

dona una parte del hombre, en tanto que la otra permanece en el mundo visible; lanza su imaginacion como una cometa hasta las nubes, pero se queda en las manos de la raza con la cuerda. El hombre superior, cualquiera que sea

la esfera de su actividad, tiene algunos puntos de contacto con César cuando dictaba á tres escribientes! no se absorbe en una sola idea, y su inteligencia hace frente, al mismo tiempo, á diferentes puntos.



El pintor de marinas.—Dibujo de Freeman, copiado de Boss.

EL NIDO DE CIGÜEÑAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las p. 5, 14, 21, 26 y 34.)

— Y sin embargo, hombre de poca fe, dudas... y pides esplicaciones.

— Perdóname hermano Sigismundo, ignoraba que Frantz estuviese iniciado... Pero ahora te prometo, que aunque fuese el diablo en persona, y aunque se casara en secreto ó públicamente con todo el palatinado, sería ciego como un topo, mudo como un pez, dócil como...

— De ese modo merecerás que te se admita entre los elegidos! dijo Muller con acento misterioso alzando los ojos al cielo.

IX.

Sucedió á esto un momento de silencio; poco á poco la gravedad solemne de Sigismundo había cortado la palabrería de Alberto; pero este, por mas que deseara salir triunfante de cuantas pruebas su amigo le impusiera, no era hombre para permanecer largo tiempo silencioso é inmóvil.

— O!a! o!a! gritó de repente pegando unas cuantas puñadas sobre la mesa; creo que se nos ha acabado la cerveza... O!a! Meinherr Zelter... Señorita Augusta... Otro jarro, y presto. Un jarro tan grande como el tonel de Heidelberg... Estamos amenazados de morir de sed.

Dos voces respondieron al punto á este estrepitoso llamamiento; la una fresca y argentina, y la otra grave y sonora, y al mismo tiempo dos personas entraron en la sala, una jóven alta, rubia y bien hecha, con los cabellos trenzados, y una basquiña roja bastante corta para dejar á descubierto unas medias azules con costuras bordadas; y un anciano con vestido pardo y grandes anteojos.

— Cerveza, cerveza, Meinherr Zelter, y pronto.

— Vamos á cuentas, dijo el viejo luterano poniéndose á contar los jarros vacíos que estaban sobre la mesa; habeis bebido mucho, y yo no he visto todavía de qué color es vuestra moneda...

— No os ha dicho Frantz que respondía por nosotros, maeze Zelter?

— Eh! eh! M. Frantz no está muy al corriente conmigo, y ya sabeis que está escrito: « Dad al César lo que es del César. »

Sin embargo Alberto afirmó en tono compungido que su compañero y él se morían de sed, y el viejo luterano permi-

tió á su sobrina que les trajese otro jarro de cerveza. Seguro de que este mandato se ejecutaría á la letra, volvió al cuarto vecino á leer en su Biblia.

En efecto Augusta se presentó bien luego con otro jarro, pero de una dimension tan modesta, que todo su contenido podía desaparecer enteramente en uno de los anchos vasos de los estudiantes.

— Viejo lunante! dijo Schwartz indignado, cree que tendremos bastante con eso? Pero no hay mas remedio, nos da la ley... tanto mejor *sapermente!* Augusta pagará por él.

Y al decir esto quiso dar un beso á la sobrina del posadero luterano.

— Dejarme, señor estudiante, repuso la jóven en tono bastante comedido para no interrumpir las devotas lecturas de maese Zelter.

La muchacha se defendía débilmente, y Alberto iba ya á ejecutar su amenaza, cuando vos vigorosos brazos le cogieron por detrás, y le arrojaron lejos. Era Sigismundo que viendo á Alberto aturdido con el empujón, aplicó dos buenos besos en las sonrosadas mejillas de Augusta, despues de lo cual quedó en libertad para huir á la cocina. Todo esto pasó con tanta rapidez, que Schwartz no habia tenido tiempo para oponerse á ello.

— Compañero, le dijo rabioso de cólera, procedes de un modo...

— *Parus esto, sé puro!* dijo Muller poniéndole un dedo en los labios.

Y se volvió á su puesto. La cólera de Alberto se disipó de súbito.

— Está bien, está bien, murmuró sentándose á su vez: es otra prueba... Ah! Cuando llegue á ser aflado... Pero qué estás haciendo? continuó al ver que Sigismundo echaba en su vaso la cerveza que acababa de traer Augusta; nos dividiremos eso como buenos camaradas?

Muller sin decir palabra vació de un trago el vaso, se limpió los bigotes con el revés de la manga, volvió á tomar su pipa y murmuró:

— *Sobrius esto*: sé sobrio.

Esta vez Alberto no pudo ménos de hacer un ademán de mal humor.

— Sabes, dijo, que esas continuas pruebas serian capaces de hacer perder la paciencia... Si un día me hallo encargado de vijilar á otro, te prometo...

No acabó la frase: un caballo acababa de detenerse á la puerta de la posada, y se oía un colotajo bastante animado entre un viajero desconocido y maese Zelter.

— Os digo que no tengo alojamiento ni para vos ni para vuestro caballo... Tengo unos estudiantes, y con ellos solos bastaría para llenar una casa tres veces mas grande que esta... Si queréis ir á Manheim tomad el camino de la derecha; si vais á Philippsburg...

— Ni voy á Philippsburg ni á Manheim, respondió el viajero con voz imperiosa; vengo al Steinberg para arreglar algunos negocios, y como no hay mas que esta posada en la aldea, no tengo mas remedio que pararme en ella.

Y al decir esto se apeó con pesadez del caballo.

— Pero señor viajero, os repito que no hay ningún cuarto.

— Ya arreglaremos eso; no pasará aquí mas que una noche... Mañana por la mañana iré al castillo á ver al mayor de Steinberg, que no ha podido darme habitación en la torre... Vamos, despachate, buen hombre; si supieras quien soy, te pesaría el haberme hecho esperar á la puerta de tu choza.

El nombre del baron de Steinberg habia disminuido mucho os obstáculos que Zelte oponía á la admision del viajero.

Una curiosidad mezclada de algun tanto de inquietud le indujo á preguntar:

— Y quien sois, caballero?

— El nuevo dueño del castillo y de la baronia de Steinberg... y ademas otra cosa.

El viejo luterano hizo un ademán de sorpresa. Entónces el viajero le arrojó las bridas de su caballo y entró con paso resuelto en la sala donde estaban los estudiantes.

Era aquel un hombre de unos cincuenta años, de color pálido, con ojos gruesos y poco espesivos, chico de cuerpo y delgado. Iba vestido de negro á la moda antigua, llevaba los cabellos empolvados, y una cinta de varios colores adornaba su pecho. A pesar de la altanería con que habia hablado al posadero, saludó profundamente y con rostro risueño á los dos estudiantes, y se fué á tomar asiento al otro extremo de la sala.

Sigismundo y Alberto no sintieron al punto una gran simpatía por el recién venido: apenas contestaron á su saludo, y le lanzaron una mirada oblicua, mas sin ofender por esta actitud tan hostil, el viajero dijo en tono obsequioso:

— Mala me parece esta posada, señores... y desde luego no me habia prometido hallar en ella algunos miembros de la docta juventud de nuestras escuelas... Estudiáis en la universidad de Heidelberg, no es cierto?

Alberto, sin responder palabra, miró descaradamente á aquel audaz que se atrevía á interrogarle de aquella manera, y Sigismundo lanzó gravemente una columna de humo clavando los ojos en el techo.

— Buena universidad, señores, continuó el viajero; maestros, discípulos, todo es bueno; debéis tener orgullo de pertenecer á esa hermosa escuela, la antorcha de Alemania, la cuna de todas las ideas generosas... Y ya que habláis en Heidelberg, me atrevo á suplicaros que me diés ciertas noticias que debo recoger para cumplir con un encargo que me han hecho; una gran fortuna ha sido para mí el hallaros aquí.

Estas lisonjas á la universidad habian complacido mucho á los dos estudiantes; pero las últimas palabras del forastero despertaron de nuevo sus sentimientos de independencia exajerada.

— No sabemos nada! dijo bruscamente Muller.

— No somos aquí espías! añadió Schwartz en el mismo tono.

El desconocido no parecia dispuesto á intimidarse por la mala disposicion de sus oyentes.

— Ah! comprendo, dijo sonriendo; os desconfiáis de mí... Está muy bien; la prudencia en los jóvenes es muy laudable... Ademas cómo podéis suponer que un hombre distinguido entre en una taberna semejante? Yo viajo de incógnito, á caballo y sin criados. Y sin embargo, señores, á pesar de mi pobre apariencia, soy caballero del santo imperio romano, y primer sumiller de su Alteza Coradino VII, principe soberano de Hohenzollern.

Estos pomposos titulos produjeron algun efecto sobre nuestros jóvenes, que acostumbrados desde la infancia á un profundo respeto hácia los menores funcionarios, miraron al señor sumiller con mas curiosidad, aunque no por eso dieron entero crédito á sus palabras.

— No podéis comprender, repuso, cómo puede encontrarse aquí un hombre de mi especie: voy á daros algunas esplicaciones acerca de esto. Mi soberano me ha encargado una mision importante en cumplimiento de la cual tengo que visitar todas las universidades de la Alemania. Ya he estado en Viena, Hall, Leipsick, y me dirijia á Heidelberg

cuando me encontré ayer en Manheim con el mayor de Steinberg, un antiguo amigo de Berlin. Inútil es decir como he podido determinarle que me venda su baronia... Lo cierto es que desatando ver mi nueva adquisicion, he dejado mi carruaje y criados en Manheim, y he venido á caballo con el mayor de Steinberg para tomar posesion del castillo. Al acercarnos aquí el baron ha experimentado como una especie de remordimientos, y me ha suplicado que le dejase respirar hasta mañana, porque sin duda necesita este tiempo para preparar á su jóven hermana á salir de la habitación de sus antepasados. Yo soy demasiado delicado para haberle negado esa satisfacion. Ademas, me dió á entender que en el castillo no debia haber una grande abundancia de provisiones, y por esto me decidí á buscar un abrigo en este horrible chirimibú... Tales son las razones, señores, que ha tenido el caballero Ritter, sumiller, y casi embajador de S. A. el principe de Hohenzollern para pasar la noche del modo que veis.

Los esfuerzos del viajero para deslumbrar á los dos estudiantes y para decirlos á que se mostraran mas comunicativos, fueron esta vez coronados de cierto éxito. Alberto echó mano á su gorra, dispuesto á quitársela á la menor señal de Sigismundo, y este se habia sacado la pipa de la boca. El caballero Ritter, notando estas imperceptibles señales de una próxima reaccion, quiso dar un golpe decisivo.

— Ola! posadero, dijo á Zelter que entraba en aquel momento, mientras sacais la mala cena que me estáis disponiendo, dadme dos buenos frascos de vino del Rhin. Estos señores, que me parecen tan politicos y amables me permitirán que trabre con ellos amistad brindando á la gloria de nuestras sabias universidades.

Al decir esto, el triunfo del forastero fué completo: las dos gorras desaparecieron como por encanto; las pipas fueron arrojadas desdesiosamente á una punta de la mesa, y cuando volvió á presentarse el posadero cargado con dos botellas largas y tres copas de cristal amarillento de Bohemia, ya reinaba entre todos la mejor inteligencia.

La conversacion animada con los tragos, no tardó mucho en volverse enteramente amistosa. El sumiller, con sus politicos modales concluyó por parecer á los jóvenes un hombre tan distinguido como amable.

Sigismundo habia echado á un lado su observadora desconfianza, y respondia decorosamente á las lisonjas de que le llenaba el recién llegado. En cuanto á Alberto, alegre ya con las copiosas libaciones que habia hecho, hablaba á diestro y á siniestro y en voz alta del magnetismo animal, del vino del Rhin y de la libertad de la Alemania. A medida que los jóvenes se volvan mas expansivos, M. Ritter se mostraba por el contrario mas sereno y circunspecto. Sigismundo concluyó por notar esto.

— Quieres callar, estúpido hablador? dijo á su compañero con acento cólerico; estás impidiendo á este buen señor que nos diga el asunto que le lleva á la universidad de Heidelberg... Ya nos indicó que tenia algunas noticias que pedirnos.

La mirada de Muller se volvió tan amenazadora que su turbulento compañero se calló y bajó los ojos. El chambelán se sonrió con indulgencia.

— Sentiria ser causa de que riñeran dos amigos, dijo; sin embargo, me aprovecharé de vuestras buenas disposiciones...

— Para servirlos, caballero, dijo Sigismundo inclinándose.

— Podéis hablar, os escuchamos, balbuceó Alberto.

Y al decir esto apoyó su cabeza en la pared, despues que

no podia hablar, le habian entrado muchas ganas de dormir, y cerraba los ojos involuntariamente.

X.

El caballero Ritter se quedó callado, como si tratase de combinar ciertos elementos de su narracion ó de modificar algunas circunstancias que no le convenia confesar por entero.

— Como ya os he dicho, señores, mi soberano, el principe de Hohenzollern, me ha encargado una mision sumamente importante... Se trata de encontrar un jóven noble hijo de familia que ha abandonado el techo paterno para vivir independiente, y que dicen se ha refugiado en una de nuestras universidades alemanas... Yo he visitado una porcion de ellas, pero en vano: voy á ver si en Heidelberg soy mas dichoso, y cuento con vosotros para facilitar mis investigaciones.

— Con mucho gusto os serviria en esta ocasion, caballero; dijo Muller; pero ya sabeis las leyes que rigen las asociaciones universitarias: nosotros nos defendemos mutuamente, y no podemos hacer traicion á ninguno de nuestros camaradas...

El caballero Ritter lanzó una mirada inquieta sobre Alberto.

— Está dormido! dijo en voz baja; debo confesaros que me desconfío de vuestro compañero; parece un jóven atropellado y poco discreto... Vos por el contrario sois un hombre reservado y prudente, y así os diré con toda franqueza cual es la posicion en que me encuentro. Si me prestaseis vuestra ayuda para conseguir lo que deseo, os prometo que alcanzareis un empleo importante en el principado...

— No soy nada ambicioso, señor sumiller, interrumpió Sigismundo con su ordinaria serenidad; pero esplicáos con franqueza, porque me gusta hacer favores cuando puedo.

— Pues bien, repuso el caballero Ritter, acercándose mas aun á su interlocutor, el jóven cuyas huellas debo descubrir es el hijo segundo de su Alteza, el conde Federico de Hohenzollern...

Bueno es decir aquí que el principado de Hohenzollern, es el mas pequeño de toda la Confederacion, pues tiene únicamente algunas millas cuadradas de territorio.

Sigismundo, ya porque conociese esta circunstancia, ó ya por cualquier otro motivo, no aparentó sorpresa ninguna cuando Ritter le descubrió la elevada categoria del jóven perdido.

— Y con qué motivo, preguntó, ha podido abandonar á su familia el conde Federico?

— Os lo diré, porque todo el mundo sabe ya la historia... El principe reinante tiene dos hijos: el primogénito, el principe Guillermo que debe suceder á su padre, y el segundo que es el conde Federico. Desde muy antiguo existe en la augusta familia de mi soberano la costumbre de que el hijo segundo sea siempre canónigo del capitulo noble de Munster, hasta que haya vacante un obispado, y ningún hijo de esta ilustre casa ha intentado jamas sustraerse al uso. El conde Federico signó pues décilmente los cursos de teología, pero cuando se trató de que entrara en las órdenes, se negó á ello con todas sus fuerzas, á pesar de las instancias de su noble padre. Se cree que ciertas discusiones que sobrevinieron entre los dos hermanos han ocasionado esta locura de parte del principe Federico... Sea como quiera, su

Alteza, irritada de la desobediencia de su hijo, le arrojó de su presencia, y entonces el conde Federico desapareció sin que se sepa el punto adonde ha ido. Sin embargo hace un año se recibieron algunas noticias, parece que estaba refugiado en una universidad donde confundido entre los jóvenes de su edad y oculto bajo un nombre supuesto, se prometía burlar todo género de investigaciones. La venta de sus joyas, y algunos valores que le pertenecían y que se había llevado, le proporcionaron llevar una existencia modesta y oscura. Su Alteza al saber esto me mandó que saliese inmediatamente en busca de ese hijo rebelde...

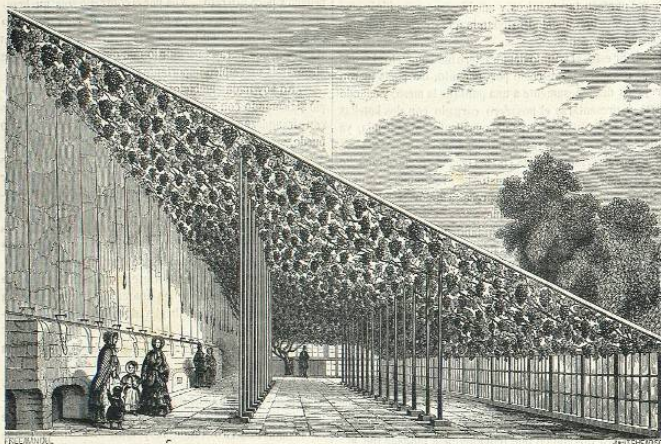
— Su padre tiene intención de perdonarle?

— No me toca penetrar los secretos de mi soberano... He recibido mis instrucciones que ejecutaré al pie de la letra... Acaso teme mi soberano que su hijo se case de un modo indigno de la ilustre familia á que pertenece, á fin de sustraerse á sus deberes. En el caso de que encuentre al joven conde tengo orden para llevarle inmediatamente á Munster y ponerle en posesión de su prebenda. Si se negare á ello, solicitaré una orden de estradicion contra él, y le llevaré á Hohenzollern, á la fuerza si es preciso, para ponerle á disposición de su padre y de su hermano primogénito.

— Ya entiendo... Pero, os sería posible reconocer al conde Federico si os hallarais en su presencia?

— No me atrevo á afirmarlo, porque era muy niño cuando le vi por última vez, y ya sabeis que diez años cambian bastante á un joven.

LA PARRA DE HAMPTON-COURT.



Hampton-Court es una propiedad real del patrimonio de la corona de Inglaterra que dista trece millas de Londres, en el condado de Middlesex.

Nuestra intención no es la de describir ese suntuoso edificio lleno de originalidad arquitectónica, de riquezas de arte y de recuerdos históricos. Lo que únicamente nos proponemos, es dar á conocer á nuestros lectores que una de las

— Entonces cómo os gobernaréis para descubrirle entre quinientos estudiantes de su misma edad?

— Eso no será difícil, sobre todo si venis en mi ayuda, porque me iréis diciendo quienes son los estudiantes que pertenecen á la ciudad, designándome tambien aquellos cuyo nombre y categoría no pueda dar lugar á ninguna sospecha. De este modo solo me dirigirá á un corto número de jóvenes cuyo origen y traza me parezcan que envuelven algun interés. Poseo una señal exacta del conde; y así me bastará consultarle para conocer al instante al hijo de mi augusto soberano.

Sigismundo permaneció un instante pensativo y silencioso el chambelan le miraba fijamente.

— Vamos á ver, amigo mío, le dijo en tono cariñoso, os hallais dispuesto á depositar en mi una entera confianza..

— Como! exclamó Ritter transportado de gozo, acaso conocéis ya...

— Nada puedo afirmar todavía; pero tengo algunas sospechas que aclararé bien luego.

El sumiller principiaba á deshacerse en cumplimientos y promesas, cuando se abrió bruscamente la puerta, y Frantz se precipitó en la sala, pálido, trastornado, y con los vestidos en desorden. Tal era la agitación en que se hallaba, que no notó la presencia del forastero.

(Se continuará.)

RUBENS.

(Véase la pág. 23.)



La huida á Egipto.

Dos principios luchan constantemente en el hombre, que son, su espíritu y su cuerpo. La parte mas fuerte de nosotros subyuga á la otra, exajera su victoria y la proclama en nuestras obras. Todas las religiones han conocido este antagonismo que Horacio llamaba el hombre doble. Como la materia dominó entre los paganos, por eso estos divinizaron su embriaguez física; Baco, representó el vino, y Venus el amor. Los cristianos por el contrario, sometiendo la carne al espíritu, quisieron glorificar las altas virtudes y recompensar las personificaciones del paganismo, por medio de pensamientos augustos é incorpóreos. De este modo, si el

cristianismo empobreció la belleza física, tambien dió mas espresion á la figura humana iluminándola con resplandores mas vivos. Dominando el pensamiento, el arte creció en grandeza moral, pero como todas las cosas se exajeran, la naturaleza, ultrajada por la violenta reaccion del cristianismo, no debia tardar en combatir por los derechos de la carne. Esta lucha dura todavia, y en esto está la causa de nuestras dudas y de nuestras opiniones en el arte cuya verdad absoluta saldrá un dia, de la reconciliacion entre todas las facultades del hombre.

Los talentos se hallan divididos en inteligencias y tempe-

ramentos, en pensadores y hombres de actividad, y esto es sumamente exacto, tratándose de pintores.

Rubens es una cabeza pagana, activo por temperamento, calculado en todos los detalles de su vida y frío en su calor; además amaba excesivamente la mitología, le gustaba pintar leones inmensos, y dominaba en él esa falsa grandeza que caracteriza las obras de todos los maestros venidos en épocas de decadencia. Sin embargo sus cuadros todos palpitan de vida e interés. Su *Kermesse*, sus *Cacerías*, algunos asuntos bíblicos y la *Batalla de las Amazonas*; tienen, á falta de una inspiración verdadera, un atrevimiento de ejecución material que puede suplirlo todo.

Rubens hizo en Milan la copia de la *Cena de Leonardo de Vinci*, y un cuadro para una biblioteca, la *Virgen y el niño Jesús*; pero en él está bien demostrado su estilo es en la *Huida á Egipto* que damos con este artículo á nuestros lectores. En este cuadro se ven esas formas sanguíneas, exuberantes, esas musculaturas hercúleas, ese amor exajerado de la acción que abogando el pensamiento del artista bajo el peso de la materia, le hacía dar á sus santos formas de atletas, y á las mujeres y á las vírgenes, esa expresión varonil y acentuada que se encuentran á veces en los tipos del pueblo.

En la *Huida á Egipto*, la Santa Virgen cubierta con un sombrero, se parece en sus proporciones gigantescas á esas estatuas de piedra que llevan en su frente la corona mural representando las ciudades. Diríase que á la Virgen le toca el cuidado de proteger al niño Jesús y á San José, contra los accidentes que habrían podido sobrevenir en el camino. La santa familia, va andando á la luz de la luna, que podría tomarse por el sol, tan brillantes y espléndidos son sus rayos.

EL RAYO DE SOL.

(Conclusion.)

(Véase las páginas 87 y 42.)

— ¡Habeis visto á mi hijo, á mi único hijo? Hablad pronto, os lo suplico.

David estupefacto se calló al pronto, pero en fin dijo sencillamente:

— No sé si es vuestro; miradle.

Y acercando lentamente la luz á la cama mostró al niño que estaba dormido. Una ojeadita fué bastante; la madre estrechó contra su corazón á la criatura que abrió los ojos, y sosedada al ver á su madre la rodeó el cuello con sus bracitos volviéndose á dormir luego.

— No somos ricos, dijo anegada en lágrimas de contento, pero desearíamos poder hacer algo en vuestro favor; si quieris tener la bondad de venir á comer con nosotros el domingo, mi marido tendrá un placer en daros las gracias por lo que habeis hecho con este angelito, el único que tenemos.

— No habéis de darme gracias; creo que me causa pena el que salga de la casa, y me consideraré muy dichoso si puedo ir á verle á la vuestra de cuando en cuando; pero en cuanto á comer allí, no tengo vestido para ello ni...

Y David al decir esto echó una ojeadita á su pobre traje lleno de remiendos.

— ¡Oh! No me habeis de ese modo, y prometedme que vendréis, añadió la mujer que despues de darle las señas de su casa, se despidió de él.

Mucho trabajo le costó á David el dormirse aquella noche, todo se le volvía preguntarse cómo haría para ir á comer de convidado con sus malos vestidos, y concluyó diciéndose

qué lo consultaría con la tía Dionisia, no habiendo tiempo que perder pues que al otro día era sábado.

La mañana siguiente dejó abierta su puerta, para espíjar á la tía Dionisia cuando saliese á la compra. Pero ella habia tenido tambien el mismo pensamiento, y ademas su curiosidad femenina le impulsaba á pedir algunos pormenores acerca del niño. David contó lo que habia pasado, y llegó por fin á esponer lo que tanto le apuraba: debía ir á donde le habian convidado?

— Y porqué no habeis de ir? dijo la tía Dionisia. Dejad esta noche la ropa á la puerta para que la cepillemos. Mi marido os prestará una camisa blanca y un pañuelo; os pondremos relucientes las botas, y no tengais cuidado, el domingo estareis hecho un espejo. No desperdicieis esta ocasion de haceros con buenos amigos, tío Coumbe, porque todos en este mundo necesitan convencerse de que hay personas que nos aman.

Y luego al retirarse la tía Dionisia añadió de un aire casi indiferente:

— Ahora que me acuerdo tío Coumbe, quereis que os compre un poco de jabon para lavaros las manos?

— Con mucho gusto, respondió el pobre zapatero, sin ofenderse de ello, y entregando algunos cuartos á su vecina.

David se sintió casi comovido por la mañana cuando vió en la escalera una camisa blanca, una corbata de rayas azules, un pañuelo encarnado, y sus vestidos tan limpios que parecian nuevos; sus botas tambien relumbraban. Cargó con todo su equipaje y el pedazo de jabon y lo llevó á su cuarto. Calentó agua y pasó media hora en su tocador, al cabo de la cual no pudo ménos de sonreirse. Esperimentaba casi un sentimiento de vanidad pensando que no parecia ya el mismo hombre, habiendo cambiado lo mismo que su suerte: ahora el uno era digno del otro. El día estaba hermoso, y brillaba el sol en su cuarto: su morada resplandecía con sus vivos reflejos. David anhelando ver á la tía Dionisia para daria las gracias, abrió la puerta como la vispera, seguro de que su vecina pasaria con su hija para ir á misa. Mientras tanto almorzó y se puso á cepillar con toda su fuerza su sombrero que bien lo necesitaba.

Las campanas resonaban alegremente. La tía Dionisia tardó un poco, á juicio de David, pero al cabo se presentó, y en cuanto distinguió á Coumbe le dió los buenos dias añadiendo:

— Betsi, ven á ver al tío David; se diría que tiene diez años ménos. Por qué no nos acompañais á misa, tío Coumbe? Apostaria á que no ibais los otros domingos por causa de vuestro vestido.

David no respondió y tomó su sombrero. La tía Dionisia hizo un movimiento como para pedirle el brazo, pero David se apresuró á ofrecérselo y salió á la calle asustado con el cambio que en él se habia operado.

Muy difícil seria explicar aquí lo que sintió David al entrar en la iglesia. La grandeza del edificio, la mucha gente que habia en él, los cánticos, la música, las palabras solemnes que bajaban del pulpito, todo ello le sorprendia y le arrebatava, recordándole los primeros años de su infancia, cuando acompañaba á su madre al santo edificio, para orar con ella. La tía Dionisia arrojaba de tiempo en tiempo una mirada sobre la fisonomía del pobre zapatero alegrándose al verle tan tiernamente comovido.

Al salir de la iglesia, David se separó de su vecina y se dirigió á la casa adonde estaba convidado. El marido, la mujer y el niño le esperaban á la ventana, y en cuanto le descubrieron salieron á su encuentro. El niño queria reco-

nocerle, se sonrió, le tomó la mano y le besó por toda la cara diciéndole una porcion de palabras que parecian preguntas; el pobre zapatero que no entendia nada de lo que le decia, respondia que sí y que no indistintamente, pensando que alguna vez acertaria.

Desde aquel día, David fué á comer todos los domingos á casa de aquellas buenas gentes. El niño le llamaba « mi tío David. » El pobre anciano pasaba la primera mitad de cada semana acordándose de esas escenas, y la segunda en desear que se repitieran.

Betsi continuaba arreglando su cuartito: el rayo de sol, fiel á su promesa, abuyentaba de él la tristeza y la oscuridad.

Un día la tía Dionisia llamó á David diciéndole que querian hablarle. En efecto, salió al corredor y se encontró con dos jóvenes y elegantes señoras que le buscaban: la de menor edad fijó en él sus hermosos ojos azules con tanta atención, que David, el viejo David, intimidado, se puso encarnado como una cereza; nunca le habia sucedido que dos ojos como aquellos le mirasen.

— Dispensados que os interrumpamos, dijo en fin la jóven; pero no fuisteis vos el que sujetasteis hace algun tiempo un caballo desbocado?

David tardó un poco en responder, pero al cabo dijo:

— Sí, señora.

— ¡Ah! cuánto me alegro! Mi padre y yo hace tiempo que os estamos buscando. Me habeis salvado la vida, y no habria podido vivir tranquila antes de haberos visto. He logrado descubrirlos gracias á una mujer que trabaja para mí, y que os debe tambien el que hayais recogido en la calle á su pobre niño. De esto se deduce que practicais el bien por costumbre.

Y al decir estas palabras la jóven se sonreía: que sonrisas! quien no habria envidiado en aquel instante al pobre zapatero! Poco despues, añadió:

— Decidme que os puedo servir.

David apenas habia podido comprender todo lo que le habia dicho la jóven; pero estando muy claro para él el sentido de sus últimas palabras, respondió injenuamente:

— Si tenéis algunos zapatos que remendar os lo agradeceré mucho.

Una lijera sonrisa apareció en los lindos labios de la jóven y dijo:

— Sí, seguramente; os los daré si venis por ellos á casa: prometedme que vendréis.

Y al mismo tiempo le presentó una tarjeta con sus señas; luego volviéndose á su amiga, añadió:

— Vamos á darle á mi padre esta noticia que tanto le alegrará. Queréis darme vuestra mano? dijo tendiéndola á David sus encantados dedos; no puedo hallar palabras suficientes para manifestaros toda mi gratitud.

El pobre viejo no sabia donde estaba ni lo que hacia; alargó tímidamente su tosca mano y tocó los blancos dedos de la señoría, balbuceando palabras ininteligibles, y saludando profundamente repetidas veces. Prometió que iria á día siguiente á la casa que indicaba la tarjeta, siguió con los ojos á las dos señoras cuando estaban en la calle, y se volvió á su cuarto diciendo:

— Deben ser personas muy ricas; si se hacen parroquianos míos todos los de la familia, estoy seguro que siempre tendré que trabajar, y pasaré con mas descanso mi vejez... ay! ay!

El cuarto se llenó de una viva luz, y la voz dijo:

— Acuérdate David de que si has hallado amigos y pro-

ectores, ha sido por tus buenas acciones, y no por haberlos esperado con los brazos cruzados.

— Es verdad, respondió David en sí mismo. Volvió á entender su vida, y se sentó á disfrutar de sus buenos pensamientos. Ya no sentía aquella amargura que tanto le habia hecho padecer antiguamente, y su casa le gustaba mucho. La jóven señorita y su padre le ofrecieron un cuarto mas grande y mejor amueblado, pero David no quiso abandonar el que tenía, porque queria vivir con sus buenos vecinos. Fué necesario pues respetar su desseo; pero no obstante, enviaron á su casa para poner en las paredes papel nuevo, le pintaron el techo, compusieron los muebles y cubrieron de flores su ventanitorado. David rebosaba de gozo al pensar que su cuarto metamorfoseado de aquel modo era mas digno aun del « rayo celestial. » Sin embargo nunca comunicó á nadie esta idea que era el secreto y el gran misterio de su vida.

La hermosa jóven venia á verle muy á menudo; se sentaba junto á él, fijaba bondadosamente en su persona sus grandes ojos azules, y abriendo la Biblia le leia algunos pasajes, y le esplicaba con su dulce voz lo que era la fe.

De este modo transcurrieron los últimos años de David Coumbe. En su última hora, tuvo amigos que le cerraron los ojos. Su sobrinito adoptivo y la familia de la tía Dionisia le condujeron al sepulcro.

— Cosa estraña! dijo la tía Dionisia al llegar á su casa, enjugándose los ojos; David hablaba mucho del sol, parecia gustarle mucho; no habeis notado ayer que el sol iluminó su rostro en el mismo instante en que murió? Hoy mismo otro rayo ha brillado sobre su fíretro cuando le bajaron á la tumba.

LA REALIDAD DEL ESPACIO

EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO.

A medida que se han ido perfeccionando los instrumentos astronómicos, se han ido descubriendo millares de estrellas desconocidas, mas lejanas que las que se habian observado antes: nuevos perfeccionamientos en los telescopios, produciendo tambien nuevos descubrimientos. Lo seguro es que el espacio no es limitado, sino realmente infinito.

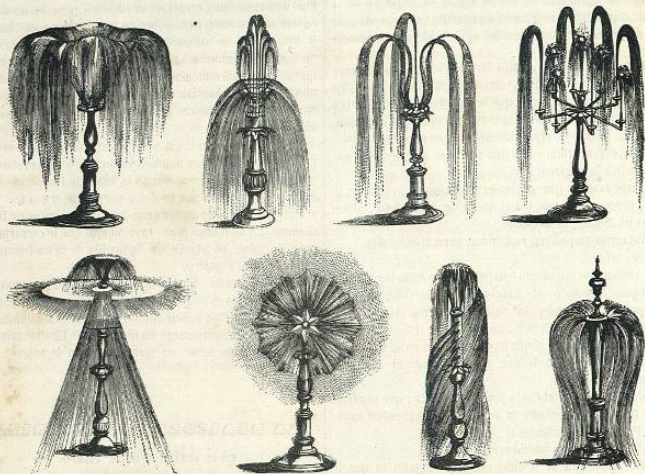
Lo que es verdad del espacio, lo es tambien del tiempo. El geólogo que estudia la sucesion de las capas del globo y de los seres que encierran, desde las mas antiguas hasta las mas recientes, retrocede espantado ante los millares de siglos á que conducen los menores cálculos. Hay capas á muchos centenares de metros de profundidad formadas de animales microscópicos de los cuales cabrian muchos miles en un dedal. Pero antes que viviesen seres organizados en la superficie de nuestro globo, ya rodaba este bajo la forma de bola incandescente, á través los espacios. Y esta incandescencia, no es una hipótesis gratuita, sino un hecho establecido á su vez por la astronomía, la mecánica, la geología, y el estudio de la temperatura de la tierra á grandes profundidades. Ahora bien, todo demuestra que desde los tiempos históricos, no ha cambiado la temperatura del globo. ¡Cuántos siglos no habrá necesitado para perder el calor incommensurable que sostenia las rocas mas infusiles en un estado de pasta, y casi líquidas! Y una vez vuelto sólido, cuánto tiempo ha debido transcurrir antes de que se pudiese establecer en él los seres vivos! El infinito en el tiempo es pues tan real como el infinito en el espacio, y el hombre

que descansa en la idea de una existencia sin fin para el porvenir, debe concluir en el mismo acerca del pasado, y debe proclamar la eternidad del tiempo.

La noción del infinito no es pues una noción del entendimiento, una forma de las ideas, como decía Kant, sino una realidad cuya existencia ha sido demostrada por los progresos de la astronomía y de la geología.

DE LA HIDROPLASIA.

Nuestros lectores habrán visto sin duda los singulares efectos que pueden producirse con los surtidores de agua. En París se han hecho muchas experiencias de estacales en los jardines públicos, y se ha despertado la afición á un arte, que es fácil y poco dispensoso cuando se poseen los elementos necesarios para el establecimiento de un surtidor de



Varias formas de surtidores de aguas.—copiadas de la ARCHITECTURA CURIOSA NOVA.

agua. Un libro clásico *Figuras para el calendario del buen jardinero*, ha consagrado á esta parte de la hidráulica un artículo especial, del que tomamos los siguientes párrafos:

«La *Hidroplasia* (odor agua; *plasia*, formación) es el arte de ajustar el mecanismo interior de los surtidores para obligar al agua á que tome toda clase de formas.

«El arte de hacer que el agua salte tomando formas agradables, es aun tan nuevo entre nosotros, que nos hemos visto precisados á crearle un nombre. La hidroplasia que, en general, no ha sido estudiada y puesta en uso por algunos físicos sino en muy corta escala, y como objeto puramente de diversion, es susceptible de producir grandes efectos en los jardines en donde hay abundancia de aguas y es de extrañar que los arquitectos no hayan pensado nunca en sacar partido de ella. La teoría no es difícil de concebir, pues se limita á combinar la fuerza del agua con las diferentes formas de las cebollas ó piezas que se adaptan al estremo del tubo por donde el agua sale.»

Dejamos al lector el cuidado de disminuir alguna parte de este pomposo elogio, pero ántes todo podemos afirmar que el arte no es nuevo entre nosotros. En el siglo XVII ya se conocía el juego que se llama la *bota aerea*: una parte muy considerable de las obras de Salomon de Gaus se halla consagrada á varias descripciones de grutas y de fuentes

donde se ven bonitos efectos de surtidores de agua y de cascadas. Pero aun hay otra obra publicada en alemán en Nuremberg en 1663 con el título de: *Architectura curiosa nova* por Jorge Andrés Bockler, mecánico y arquitecto de esa ciudad que se ha aplicado mucho á la hidroplasia, á pesar de no estar inventado su nombre todavía. Esta obra que tiene doscientas láminas, se halla dividida en cuatro libros. El primero contiene los principios de la hidroplasia; el segundo da setenta dibujos que ofrecen los efectos mas variados; el tercero presenta en ciento veinte figuras las principales fuentes de las plazas públicas y jardines de Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, y otros muchos proyectos del mismo género; y por último el cuarto ofrece en treinta y seis láminas, las grutas, laberintos y compartimientos de los primeros jardines de nuestra época. El dibujo que acompaña á este artículo está sacado de esa curiosa obra, y él solo bastará para dar una idea de la manera como se entendía la hidroplasia en el siglo XVII.

EL AGUILA Y LA PALOMA.

Un águila muy joven acababa de remontar su vuelo lanzándose con su presa. La flecha del cazador la hiere y la corta el ala derecha. Caer en un bosque de mirtos. Durante tres días eternos, devora su dolor; durante tres largas no-

ches palpita bajo su herida, hasta que por fin el bálsamo universal, el bálsamo de la naturaleza la cura. Entónces se arrastra fuera del bosque, menea el ala... pero ay! el nervio estaba cortado, apenas puede levantarla para cojer una presa indigna de su rango. Se pone tristemente sobre una roca, al borde de un arroyo, condo tristemente las copas de las encinas y la bóveda del cielo, y una gruesa lágrima se desprende de sus ojos.

En este momento llega por entre las ramas de los mirtos un par de palomas que revolotean y juegan sobre la arena de oro y las ondas del arroyo: corriendo de un lado y otro, ven á la pobre enferma: una de ellas se acerca, y mirándola con dulzura la dice:

—Estás triste, vuelve á tu alegría. No tienes aquí todo lo necesario para disfrutar de una apacible dicha? No te regocija el ver esas verdes ramas que te protegen contra el ardor del sol? No te gusta respirar por la tarde, sobre el flexible musgo junto al agua? Aquí hallarás el fresco rocío de las flores; las zarzas de la selva te darán un alimento delicado, y este plateado manantial apagará tu sed. Oh! amigo mio! La verdadera dicha consiste en saberse contentar con poco, y ese poco se encuentra en todas partes.

O sabio filósofo! dijo el águila bajando la cabeza; ó sabio filósofo! hablas como una paloma!

GOETHE.

EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las p. 5, 14, 21, 26, 33 y 45.)

Amigos míos, compañeros, dijo dejándose caer en un banco, no podéis marcharos mañana á Heidelberg, como habíamos convenido... Ahora mas que nunca tengo necesidad de vuestros servicios... Mañana, al nacer el día, el mayor Steinberg va á llevar á Whiteclmina á Manheim; Fritz Reutner ha ido ya á disponer una barca... ¡Quiéren quitarme á Whiteclmina!

Sigismundo se levantó de la mesa, corrió hacia él y le tomó de la mano para llevarle fuera de la sala. Frantz se dejó llevar maquinalmente. De repente el caballero Ritter se interpuso delante de ellos y dijo á Muller con ansiedad:

—Quién es ese joven, caballero?... Sus facciones me recuerdan... os mando, es decir, os suplico que me digais el nombre de ese joven.

Sigismundo no respondió: Frantz miraba con ojos estraviados á aquel personaje desconocido que se presentaba de un modo tan insolente.

—Caballero, repuso el sumiller mas conmovido y agitado que ántes; os suplico que me digais...

—Qué diantre! replicó Sigismundo con su sangre fría acostumbrada y sin soltar la mano de Frantz, me he olvidado de haceros entablar conocimiento... Frantz, aquí tienes al caballero Ritter el nuevo dueño del castillo de Steinberg... y ademas el sumiller de Su Alteza el príncipe de Hohenzollern, que ha venido aquí para...

Al nombre de Hohenzollern, la mano de Frantz había recibido como una conmoción eléctrica. Sigismundo se volvió vivamente para mirar la cara á su compañero; pero Frantz se volvió con presteza.

—Pero, decídmelo quién es, cómo se llama?

—Se llama Frantz Stopfe... y es hijo de uno de los principales toneleros de Heidelberg.

El sumiller permaneció un momento estupefacto, y al cabo soltó una carcajada.

—¡Hijo de un tonelero! murmuró volviéndose á su asiento; dónde tenía yo mi cabeza?... Buena la habíamos hecho, si supieran el chasco en la corte!

Los dos jóvenes desaparecieron.

XI.

Los primeros rayos del sol penetraban á través de los vidrios de una estrecha ventana, en el aposento de la torre del Steinberg, donde el baron habia pasado la noche.

Este aposento de forma cuadrada, frío y oscuro, abovedado en su parte superior, como lo indicaba su nombre, conservaba aun el caracter grosero de los tiempos en que habia sido construido.

La puerta que se abría sobre una escalerita de caracol practicada en la torreclla vecina, era pesada y maciza, y estaba guarnecida de puntas de hierro: el suelo le componian unas losas de piedra usadas por el pié de muchas generaciones.

Las paredes eran tan gruesas, que la ventana parecia estar abierta en el fondo de un corredor de tres pies de largo. La luz que entraba por este embudo, debilitada por los vidrios amarillentos sostenidos con plomos, daba una claridad cenicienta, dejando en la sombra una parte de este triste cuarto.

Sin embargo, á ese dudoso resplandor se distinguian algunos muebles antiguos en armonia con el aposento. Veíase allí un lecho de encina esculpida, algunos sillones con respaldos gigantescos, grandes armarios, y arcones de madera negra.

Los adornos consistían en trofeos de armas muy tomadas, que se hallaban clavados en las paredes; tambien se alzaban varias panoplias en los oscuros rincones, con las viseras caladas: habriase dicho que eran las sombras belicosas de los antiguos señores del Steinberg contemplando en silencio su ultimo heredero.

El mayor se paseaba á pasos lentos y acompasados, pasando y volviendo á pasar á intervalos iguales á través del rayo de luz de la ventana.

Aunque era joven, Enrique de Steinberg tenia una estatura casi colosal. Su traje militar, muy ajustado, realzaba mas y mas las vigorosas proporciones de su persona toda. Su andar era majestuoso, aunque un poco tieso, y su aire era altanero. Sus facciones, fuertemente pronunciadas, no carecian de nobleza, aunque eran duras y severas; pocas personas podían soportar el brillo de su ojo centenario, sobre todo cuando estaba irritado. Un grueso bigote rojo que ocultaba en parte su boca, y dos espesas cejas que se unían sobre su frente, acababan de hacer dura é imponente la expresion de su fisonomía.

El baron se paseaba, como hemos dicho, hacia dentro, quizá desde la vispera, porque la cama no estaba deshecha; la espada y el sombrero engalonado del mayor se hallaban aun en el mismo sitio en que los habia puesto cuando llegó; sobre la mesa habia una lámpara que acababa de consumir su mecha humeante sin producir luz ninguna.

A pesar de todas estas señales de una soledad profunda, alguien habian venido ya á interrumpir las meditaciones del baron, porque la puerta estaba entreabierta.